



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9874

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 10 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

LUNES 1 DE OCTUBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—CÓ RESPONSABLES EN PARÍS, A. LORETTE, rue Caumartin, 61, y J. JONES, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1

(Paseo de Recoletos.)



Subdirectores:

SRA. VIUVA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo.. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. > 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

carece de verano por substituirle una tardía primavera y la Naturaleza lo avisaba elocuentemente, pues una hora después de marchar el tren, las manos recogían el abrigo.

Habíamos entrado ya en una cañada de los Alpes, ya las crestas laterales estaban cubiertas de nieves heladas. Quince días faltaban para llegar á mayo é íbamos á pasar los nevados, cuanto elevadísimos Alpes, por las estribaciones de los Réticos, Nóricos y de Algán. ¿Cómo los pasará el tren? pensaba yo. Si por largos túneles, no habrá frío; si subiéndolos, ¿cómo los escala el tren? Quién aguanta el frío? No estaba lejos el presenciarlo.

Seguimos la cañada, entre los vericuetos mil de las vertientes de la Suiza, y las cordilleras laterales que la forman, iban aumentando directamente en elevación é inversamente en la longitud de su traje blanco que hacía soplar las manos.

Poco tardamos en llegar á la estación internacional, punto verdaderamente estratégico para frontera, pues un poco antes de llegar parecíamos pasar las Termópilas por la estrechez de la cañada. Por arriba, es insalvable por las cúspides nevadas, y dos imponentes fortalezas, magestuosamente sentadas una frente la otra, indican que una nación está recelosa de que otra avance.

Tanta precaución obedecerá sin duda á que aquel país es el Tírol, hoy de posesión austriaca, y la Italia unificada quiere readquirirlo, alegando la historia y el habla italiana con que se expresan para reivindicar su pertenencia á la raza latina.

Como punto de frontera, tuvimos que pasar por las formalidades de registro de equipajes y pasaporte, sin embargo, se conocía que estaban de paz ambas naciones, pues no fue extremado el rigor.

Los empleados del tren eran más altos y más pesados en el andar;

ya no vestían el azul turquí italiano, sino el azul celeste claro, con gran cachucha de igual color en vez de kepis y cinturón de cuero; su habla acousantada no era el dulce italiano, todo, todo revelaba haber cambiado de nacionalidad. En mis viajes americanos y europeos, con tanto correr, solo había tratado las razas cohermanas, latina y griega: al pisar, pues, los umbrales de la cuna de los Unos, Godos, Vándalos, Alavos, Suevos, etc., me produjo un inexplicable no sé qué de agradable, imponente y magestuoso. No era yo eslavo; era latino de nacimiento.

El conductor del tren, junto al taladrador de las tarjetas, llevaba una llave con la que mantenía siempre cerradas las puertas de los vagones; costumbre chocante, si bien que prudente, dada la libertad en las naciones latinas.

Resolvíme á continuar mudo el viaje, porque íbase trocando la alegre compaña italiana por la taciturna austriaca que, aun hablando cariñosa, no podía yo comprender. Sin embargo, no me fue pesado el viaje, porque continuando el tren por aquella cañada, ofrecía panoramas, continuamente variados: ora una angostura tal, que se veía á los pies el río, formado de las nieves derretidas; ora un pequeño valle en el cual se dominaban quince ó veinte poblaciones; ora unas prominencias de montañas nevadas que parecían disputarse una á la otra el tocar al cielo; ora una larga faja de tierra más que fértil, donde parecía amontonarse las casas campestres; ora el tren, al parecer, se metía en un túnel y, dando una rápida vuelta, nos presentaba el sol, del que rato ha carecíamos. Así avanzando el tren entre desnudas peñas y vericuetos nos aportó entre grandes chinazos, á cuya derecha divisé una numerosa multitud de torres campanarios que anunciaban la aproximación de una importante población.

Efectivamente, era Trento. Aquella ciudad de todo el mundo ilustrado conocida, aquella ciudad llave divisoria de los pueblos cismontanos y ultramontanos en tan sangrientas hecatombes y guerras, como las Saint Barthelemy y de treinta años empeñados; aquella ciudad que proclamó el Dogma Católico ante la Confesión Luterana de Augsburg, aquella ciudad, verdadero baluarte de Roma, donde cuatro siglos ha se reunió la Iglesia latina en ecuménico concilio para estudiar las acusaciones de Lutero sobre abusos, así litúrgicos como dogmáticos, analizar la marcha que la filosofía libre-pensadora iba á imprimir en la sociedad y, por consiguiente, unirse con las leyes disciplinarias, confeccionadas en las sesiones de aquel Concilio de Trento, para poner al Catolicismo á salvo de las convulsiones y revoluciones que, por necesidad, tenían que explotar en los siglos XVIII y XIX, como consecuencia de la libertad de pensamiento iniciada por el racionalismo de Lutero. Llegamos, pues, á la histórica Trento, célebre por el concilio que lleva su nombre, y cuya legislación tanta transcendencia tuvo.

La Catedral es magestuosa, abundan las iglesias y conventos; es ciudad de aspecto aseado y de abolengo religioso; es muy sana, por lo que es intensamente fría, pues parece como bajada del cielo para quedar encajonada entre peñas nevadas que, por todos vientos, le remiten sus crudos hálitos. Apesar de la capacidad de la Catedral, sin embargo debían sentir los PP. del Concilio algunas incomodidades, que no habrán sufrido los PP. del Concilio Vaticano; porque Roma abunda en todo y en los medios de comunicación de que Trento carecía en aquella fecha.

A las 10 de la mañana salía de Trento. Continuaba la diversidad de panoramas, á cada momento variados y ofrecidos por la cañada.

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las

GRAGEAS LOPE RUPEREZ

3 pesetas caja en farmacias y droguerías.

VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 1.—M. Pérez Minguaz, Paseo San Vicente, 12.

En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, droguería.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola: arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para vifias, letones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillones, bancos, meillias y mecedoras, canchales, mueble utilísimo y de ex-

quisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

Paso de los Alpes, Trento

Dejaba ya el tren las fértiles llanuras italianas, alejándose de la benigna temperatura mediterránea y adriática, avicinándose al país que

62 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

presión de un profundo agracimiento al abencerraje.

—Esta noche en Generalife; murmuró en su oído el enamorado mancebo.

La sultana se ruborizó y calló.

Poco tiempo después el rey y la sultana, rodeados de los abencerrajes y de los almogavares, acompañados de Aben-Hamet y de Muza, se dirigieron á la Alhambra, seguidos de una comitiva cuyas galas iban cubiertas de polvo y sangre.

Apenas entró el rey en el alcázar, un caudillo de los zegríes acompañado de un trompetero y mostrando una banderola blanca demandó platicar con el rey.

IV.

El ciprés de la sultana.

JARDIN de delicias, fuente perenne, oca de armonías, bosque de amores y lugar de sombras, era Generalife cuando Granada regia á un reino poderoso.

Y en sus enramadas de laureles cantaban las aves, y nunca las travestaban los ardientes rayos del estío, ni las heladoras nieves del invierno.

Nadaban en sus estanques peces de colores, y sus cascadas se derrumbaban trayendo hasta los aparta-

66 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Las brisas arrastraban blandas y perfumadas sus alas impalpables entre los jardines, y las aguas se derrumbaban con un sonoro rumor que iba á perderse en las altas y oscuras frondas donde dormía el genio del misterio.

Generalife relumbra, proyectando sobre sus pizarras un vapor de luz semejante á una aureola fantástica.

Lámparas preciosas de caprichosos colores, colgaban de las cúpulas de las galerías entre las cupulas vagaban damas y caballeros cubiertos de espléndidas galas de fiesta.

Allá en los perfumados retretes se elevaba el alegre son de la tambora, y danzaban hermosas jóvenes, y reinaba una alegría tal, que era imposible presumir que en la tendida vega tras los muros de Santa Fé, apagadas las hogueras y en silencio velaba el estío, á no ser por el vigilante grito de alerta del atalaya, que desde las fuertes murallas de la Alhambra y del cerro del Sol, se elevaba confundido con las armonías del sarao.

El rey Aben-Abdallah y la sultana rodeados de sus damas y caballeros, se entregaban al parecer á un contento que solo mostraba su semblante.

Su espíritu estaba cubierto por una lúgubre tristeza.

El veía ante sí, reunidas como amigas, á las tribus